

La historia de un sueño hecho realidad

El pasado Miércoles Santo (2014) fui desde mi convento (Capillita de San José) a ver salir a la Hermandad del Baratillo. Estuve una hora y media apoyado en una valla frente a la Capilla. Estaba solo, y con mucho tiempo para observar la entrada de los hermanos, los músicos y la organización de todo. Que emoción cuando se abrió la puerta y empezó la Procesión. Y más cuando salió la Piedad. Confieso que cuando la vi pasar con su Hijo en brazos, y con mis ojos borrosos por las lágrimas, sólo me atreví a rezarle y a darle las gracias por verla tan de cerca. Pero nunca me podía esperar, aunque si lo soñaba y deseaba, que un año después yo sería hermano de la Hermandad del Baratillo e hijo de Nuestra Señora de la Piedad.

Mi historia de cariño a la Hermandad empezó oyendo a Ignacio Pérez en su Pregón de Semana Santa (2012). Era la primera vez que veía y escuchaba algo así. Y sin conocer nada del Baratillo, me hizo pasear de “azul” por las calles de Sevilla y rezarle a una Virgen que yo ni siquiera conocía. Luego pasaron meses sin nada más de especial. Hasta que un día Ignacio vino a Misa a la Capillita y le reconocí. Para asegurarme de que era él busqué información en Internet. Y mi sorpresa fue cuando también me apareció la Virgen de la Piedad. ¡Fue todo un flechazo espiritual! Ella me cautivó, y como un enamorado, me puse a buscar fotos y noticias. Tanto fue así que al domingo siguiente prediqué sobre ella, sobre su “mirada perdida y llena de amor” para con su Hijo y para nosotros. ¡Disfruté muchísimo! Al terminar, entró a la sacristía un niño pequeño, con sus padres, que me decía: ¡es mi Hermandad y es mi Virgen! Al domingo siguiente volvió y me regaló una estampa de la Piedad.

Esa misma tarde, le dije a mi hermano Fr. Antonio de Sevilla: tengo que encontrar la imagen de la Virgen de la Piedad del Baratillo, necesito verla y rezarle despacio, mirándole a los ojos. Y así fue. Nos marchamos en su busca y la encontramos. Al llegar y entrar en la capilla, que no había nadie, nos acercamos delante de ella, con amor y respeto, como sin querer molestar. Yo me adelanté hacia el altar, quería verla de cerca, necesitaba mirarla y sentirme abrazado por su Amor de Madre. Y después de unos minutos me senté en el banco sin prisa a rezar en el silencio de la capilla. Sólo necesitaba mirar a la Virgen y al Cristo de la Misericordia en sus brazos. Ah, también le recé a la Virgen de la Caridad y observaba la diferencia de miradas y actitudes, pero la dos llenas de Amor. Ese rato fue el broche de oro para un día predicando el Amor a la Virgen. Pasados unos días volví a rezarle, esta vez solo. Y en otras ocasiones cuando pasaba por la puerta de la Capilla la sentía como algo familiar, donde tenía que mirar y saludar al Cristo y a la Virgen.

El día en que conocí a Ignacio fue durante la procesión de Ntra. Sra. de la Encarnación, titular de la Hermandad de la Cena, mi otra querida hermandad. Un hermano y amigo, Raúl, le indicó mi ilusión y deseo de conocerlo personalmente, y él con sencillez y alegría vino a saludarme. Quedamos en vernos en la Capillita y así fue. A los pocos días, para mi asombro y alegría, vino a Misa, y después hablamos y me regaló su Pregón “Azul”, que he leído varias veces. Así comenzó nuestra amistad.

Un día conocí a Borja Cantalapiedra, en nuestro convento de la Ronda de Capuchinos, durante una Sabatina a la Divina Pastora de Capuchinos, mi primera Hermandad en Sevilla. Y en el saludo me dijo que era de la Hermandad del Baratillo. Enseguida supimos que teníamos algo en común, aunque él mucho más, nuestro cariño a la Piedad. Creo que a los dos se nos llenaba la cara de luz y alegría hablando de ella y del Cristo. Unos meses después comprendí toda la profundidad religiosa que le tiene a una Sagrada Imagen, seguro que lo aprendió en la Capilla de la Hermandad. Nosotros estábamos preparando el paso y la imagen de la Divina Pastora, con mucha gente en la iglesia, y él no estaba. Me dijeron que se había salido a la puerta hasta que la Virgen estuviera totalmente preparada. Y así lo hizo. Eso me impresionó y aprendí de él que una Sagrada Imagen se ama y se respeta también en esos pequeños detalles.

Otro momento especial en mi acercamiento a la Hermandad fue cuando Ignacio me invitó a su Exaltación al Cristo de la Misericordia (2014). Estuve junto a su esposa e hija en el primer banco. Confieso que fue estremecedor y muy emocionante escucharle hablar, más bien rezar en voz alta, y a la vez poder mirar al Cristo, ahí delante, casi tocándolo. El Señor estaba yacente, pero desprendía Amor y Perdón, y una infinita Misericordia. Fue la mejor preparación para vivir esa Semana Santa, que fue para mí muy especial y muy difícil. Mi última en Sevilla, ¡por ahora!

A Borja lo quiero como un buen amigo, él ha sido la única persona que cuando le dije que me marchaba de Sevilla me dijo, un poco enfadado: “No tenías que marcharte, te equivocas, tendrías que quedarte y trabajar aquí...” Aunque otro buen amigo, Paco Robles, me dijo al despedirme: “A veces hace falta parar en la vida y dejar cosas, para saber mejor qué hacer...” Pasado un año, creo que los dos tenían razón: ¡Dios escribe recto en líneas torcidas y todo lo hace bien!

Volviendo a Borja. Un día él me regaló una magnífica lámina pintada de la Virgen de la Piedad con el Niño en su regazo. La tuve en mi habitación durante un año, y le recé pidiendo luz y fuerzas. Cuando dejé Sevilla, el pasado septiembre (2014), se la devolví. No por falta de cariño, sino todo lo contrario. Los frailes nos trasladamos de convento en convento, y al final los recuerdos quedan perdidos en alguno de ellos. Y yo no quería que a la Piedad del Baratillo le sucediera eso. Así que después de enmarcarla y de insistirle mucho, Borja, la aceptó otra vez de vuelta. Pero le dije que era el “primer regalo de boda”, y con mi promesa de predicar algún día a la Piedad, si la Hermandad me invitaba. ¡Sigue en pie mi promesa, y ahora mucho más!

La gran sorpresa soñada. Una tarde en mi convento de Córdoba, recibí una llamada de Borja. Quiero pedirte una cosa y no me digas que no: ¿Quieres ser hermano de la Hermandad del Baratillo? Claro que sí, le respondí entre el susto, la alegría y casi la incredulidad. Me dijo que tenía que mandar la solicitud y hacer el Juramento. Yo no terminaba de creerme lo que me estaba sucediendo, me venían a la cabeza el Señor, la Virgen, la Capilla, la Procesión, etc. Era feliz, como un niño que le regalan el juguete soñado pero nunca pedido por prudencia y vergüenza. Yo solamente le pedí un favor: díselo tú a Ignacio, y si es posible me gustaría que los dos me presentarais y me acompañaseis en el día del Juramento de la Regla. Cosa que

aceptó rápidamente. Eran mis dos amigos, y desde ahora mis dos hermanos de Hermandad, junto con todos los demás hermanos.

Y llegó el gran día para mí: la ceremonia del Juramento. Fui, desde Córdoba, acompañado por tres hermanos jóvenes. Que alegría verme como fraile capuchino, recordando a otros de antaño, inclinándome con devoción y respeto para Jurar y Besar nuestra Regla, y recibir la Medalla de manos del Hermano Mayor, José Ignacio. ¡Gracias, hermanos, por admitirme! Finalizada la Misa, y ya en “mi casa hermandad”, tuve la ocasión de hablar y saludar a otros hermanos, y de manifestar mi alegría y mi pequeña historia, y que aquí os he contado.

Quiero terminar dando las gracias. A mis dos amigos y hermanos; a Borja por invitarme a pertenecer a la Hermandad, y a Ignacio por presentármela y acercarme a ella. Y a todos vosotros, mis nuevos hermanos, por hacer realidad mi sueño de ser hermano del Baratillo.

Un abrazo.

Fr. Pedro Enrique

PD.: Ah, por favor, pedidle a nuestros Titulares que me regresen a mi querida Sevilla tan recordada, añorada y llorada..., si es la voluntad de Dios.

